

La cruz de Gyarre



La cruz de Gayarre

Caía la tarde. Los últimos rayos del sol adornaban las nubes con entonaciones bermejas; los montes iban cubriéndose de sombra; el valle de melancolía. Las tierras de sembradura mostrábanse á lo lejos, unas rojas como inmensos coágulos de sangre, otras amarillentas como gigantescos esputos de bilis; las más remotas recortaban junto á la carretera sus perfiles morenos envejecidos por el arado; las más próximas, la verde superficie de sus tallos que, á impulsos del viento de la tarde, se movían con tranquilo ir y venir de marea en bonanza; los formidables ruidos del despeñado Piedra sonaban

ocultos de los ojos por la tupida vegetación; uníanse en el viento las notas de las esquilas y los balidos del ganado con el silbar de los pastores y el pír de las aves; paseaba la luna por el horizonte como una nubecilla más, y la cruz de hierro, erguida sobre toscos pilares de granito, extendía sus brazos negros, como si quisiera bendecir la plácida muerte de la luz.

Tomé asiento en uno de los bancos que rodean la cruz, y dejé á mi espíritu bañarse en la calma augusta de aquel anochecer, y á mis ojos distraerse en la contemplación del tocado con que la Naturaleza se ataviaba para dormir...

—Estamos en la cruz de Gayarre— me dijo mi compañero de excursión.

—¿La cruz de Gayarre?...

—Así la llamamos.

—¿Por qué?

—«En un crepúsculo muy semejante al que ahora presenciarnos, estaba Gayarre ahí mismo, en el asiento que usted ocupa, mirando solemne con sus ojillos á medio cerrar el espectáculo que ofrecían los seres y las cosas, la superficie de la tierra y la superficie del cielo... De repente se puso en pie, avanzó algunos pasos, subió al último escalón de la cruz, apoyó su mano en la áspera base de granito, le-

vantó hacia el espacio el rostro y preludió el *Spirto gentil*... Las notas iban saliendo de su garganta como siempre, es decir, con inimitable vibración artística.

Sólo que en tal instante, frente al monasterio que esbozaba á la izquierda el majestuoso contorno de sus muros; junto á la cruz de hierro, difuminada misteriosamente por la atmósfera; buscando los últimos rayos del sol con sus ojos y arrullando el sueño de la Naturaleza con su voz, parecía Gayarre algo más que un hombre, un espíritu sobrehumano que daba cita á toda una época difunta para que al promediar la noche viniera á reunirse con él en los claustros góticos, bajo los arcos amarillentos de la iglesia en ruínas, al amparo de la bóveda que defiende, como una armadura de piedra, el legendario señoría de la sala capitular.

La voz de Gayarre resucitaba entonces las poéticas tradiciones de los siglos que fueron. Parecía que á su llamamiento sublime iban á salir de las tumbas los reyes con sus cetros, los nobles con sus mesnadas, los abades con sus pendones, los monjes con sus hábitos, todos juntos, para llegar al pie de la cruz y jurar vasallaje al cantor divino...

Calló mi compañero, y yo quedé tan calla-

do como él, dedicando con mi silencio un respetuoso recuerdo al gran artista...

Sí, seguramente; la tarde en que Gayarre cantó el *Spirto gentil* al pie de la cruz, resucitaría con las maravillas de su garganta todas las memorias poéticas y tiernas del señorío monacal.

¡Hermosas memorias, si con ellas no resucitasen otras horribles!...

Yo, pensando en las imágenes que Gayarre evocara, evocaba otras: la del siervo sujeto al terruño por los egoísmos del abad; la de los villanos que éste mandaba colgar de los árboles ó exponer en cuartos por los caminos, para que purgasen el crimen horrible de haber cazado en el recinto del monasterio ó pedido al río, que por el recinto del monasterio corre, un tributo de peces que remediaran su hambre; la de la moza sujeta al capricho sensual del encogullado señor, como el mozo lo estaba al capricho guerrero. Y luego de evocar estos recuerdos medioevales, hacía correr el tiempo, desfilan los siglos, y veía á esos abades y á esos monjes empuñando la cruz para quemar sabios, pensadores, filósofos, y para ahogar con los brazos de hierro de la cruz la libertad de la conciencia y del pensamiento, las santas aspiraciones del derecho y de la justicia.

Veía todo esto; veía cómo por obra de los monasterios y fundaciones religiosas, que se extendieron por España como úlceras de piedra, fuimos perdiendo crédito, grandeza, civilización y prestigio, para convertirnos en estorbo y rémora del progreso europeo.

Ese era el pasado que se presentaba ante mis ojos; y tras del pasado venía el presente; este presente, en el cual se trata de volver á los tiempos antiguos, y de restablecer el dominio de las instituciones religiosas que invaden nuestra patria más y más cada vez; que si no destruyen por medio del tormento las inteligencias ya formadas, moldean á su gusto las por formar; y si no ejercen señorío de vida y muerte sobre los cuerpos, quieren ejercerlo sobre las almas y sobre las conciencias.

Eso veía yo contemplando la cruz de Gayarre, y observando desde ella, con los ojos del pensamiento, la actitud cobarde adoptada en la cuestión religiosa por los políticos españoles.

¡El pasado, la tiranía monástica!... ¡Que no vuelvan, que no acaben de volver, mejor dicho, porque su vuelta sería el toque mortuario de la nacionalidad española!...

Quede la cruz de hierro como índice de algo que fué; queden las notas lanzadas por

Gayarre al pie de la cruz como sublime oración fúnebre. Pero queden también los muertos en sus tumbas; no se les permita venir á enterrar á los vivos.

Crepúsculo



Crepúsculo

El árbol donde me recuesto, invadido por las melancolías que brotan del crepúsculo, es enorme. Su tronco se divide en tres brazos hercúleos, que se inclinan bruscamente hacia atrás, como si se tuviesen antipatía y les contrariara su misión de vivir juntos años y años..., el centenar de años transcurrido desde que rompieron la superficie de la tierra para recibir los primeros besos del sol. De los tres brazos arrancan ramas numerosas, que convierten la encina en gigantesco pulpo pronto á envolver con sus tentáculos los arbustos que circundan la plazoleta; dos ó tres parejas de gorriones picotean los bro-

tecillos verdes, afanosos de convertirse en hojas; la atmósfera, teñida con entonaciones de un gris azulado, absorbe la luz, cuyo engendrador agoniza sobre el fondo del horizonte, convirtiendo las nubes en sanguinolentos esputos; por el boquete hecho en la caperuza de una choza, hogar de pastores, sale un penacho de humo; el aire trae á mis oídos ecos de algo que pasa muy cerca de mí sin que mis ojos puedan mirarlo: rodar de carros, tintineo de cencerros, balidos de ovejas, gritos de hombres y niños, un canto de mujer, que se desvanece poco á poco en la lejanía...

El río acompaña con la música de sus ondas en viaje el lejano cantar, y la Naturaleza toda se dispone á envolverse en la noche para dormir su sueño de hembra enamorada y fecunda.

Sueño tranquilo el suyo; placentero y feliz descanso; porque cuenta con las seguridades del amanecer.

Luego de su labor eterna y sublime, la Naturaleza se entrega descuidadamente al reposo. Está segura de que el rocío refrescará su sueño durante la noche, de que la Aurora vendrá á nutrirla y trajearla á un tiempo, con rayos de sol, con bocanadas de aire puro, para que sigan sus trabajos de engen-

dramiento imperdurable, sus tareas de nodriza inmortal.

Plantas y animales se preparan á dormir el sueño de venturas propio á quien no lleva sobre sus párpados extendidos las zozobras y los temores del mañana.

Los árboles saben de sobra que sus raíces encontrarán sustento en las entrañas de la tierra; abundante lo tienen las matas, entre los surcos del sembrado, y las aves en las campiñas, y los brutos en praderas y montes, como el río lo tiene en las partículas del aire, y los peces en el fondo del río, y el aire en la luz, y la luz en el perpétuo vibrar de sus átomos.

De ahí la confianza absoluta; la calma solemne, la serena quietud que preside al crepúsculo, á ese bostezo luminoso hecho con rayos grises donde se confunden en dulcísimo abrazo la tierra y el sol. La Naturaleza guarda en sus entrañas lo necesario para la felicidad y el mantenimiento de cada ser ó cada cosa que produce; y seres y cosas agítanse sobre ella trabajando para sí mismos y recogiendo de su propio trabajo vida, resistencia y salud...

Un rumor de pasos y de voces viene á arrancarme de estos pensamientos. Por el fondo del camino que se divisa desde la pla-

zoleta avanza un grupo de trabajadores. Vuelven del trabajo, de la ruda y servil labor que comienza en un crepúsculo y termina en el otro. Son veinte ó treinta, jóvenes y viejos; algunos niños menores de doce años; también hay entre ellos mujeres.

Avanzan con lentitud, caídas las cabezas sobre los hombros, arrastrando los pies, dejando oscilar pesadamente el brazo izquierdo, mientras sostienen con el derecho la pesada herramienta; las mujeres llevan sujetos contra las caderas renegridos capazones de esparto. Los hombres hablan ronca y pausadamente; las mujeres envuelven su charla con tonos chillones, agudos; los chicos cantan y corren con inconsciencia de pájaros que regresan al nido.

En todos los señablantes nótase el mismo cansancio; en todas las vestiduras, igual pobreza: la miseria fraterniza en aquellos rostros; el remiendo en aquellos trajes. En el cutis de los viejos, cubierto de arrugas, brilla el polvo como entre surcos; en el de los jóvenes muéstrase con líneas oscuras dibujadas por el chorreo pegajoso del sudor.

También iban los trabajadores en busca del reposo luego de ganar penosamente su mezquino salario; también avanzaban entre las nieblas del crepúsculo para restaurar con

el sueño sus músculos rendidos y esperar la llegada de un amanecer que les trajera con sus primeras luces el mandato imperioso de seguir matándose en beneficio de otros hombres; otros hombres que reposarían descuidadamente en sus lechos, mientras ellos desfloraban con sus herramientas tierras que no serían nunca suyas y las que obligaban á producir en provecho de los propietarios ociosos. También cuando llegaran á sus casas y embaulasen en sus estómagos la poco nutritiva bazofia, caerían en sus camas, en sus incómodos jergones, para dormir sueño letárgico de bestias bien explotadas y mal mantenidas; también eran nota de reposo en el concierto de la hostezante Naturaleza. Sólo que entre todas las notas que festejaban el venir de la noche, ellos constituían la nota triste, el cantar quejumbroso, formado con suspiros de angustia, con voces de miseria y anhelos instintivos de redención.

El grupo de trabajadores pasó por enfrente de mí sin mirarme siquiera. ¿Qué les importaba á ellos aquel individuo tumbado á la larga que veía con curiosos ojos su desfile?

Dos de ellos, viejo uno, el otro como de cuarenta años, se detuvieron un instante mientras sus compañeros proseguían la marcha al hogar.

—¡Que no!—dijo el viejo—se lo he pedido hasta por su madre. Como si le hubiera *cantao* jotas. «Tengo orden del almo y te marchas; desde mañana puedes buscar otro acomodo.» Eso me ha dicho; y aquí me tienes, sin trabajo, sin una peseta, con una mujer de cincuenta años que no puede moverse porque está *aldáa* y un nieto de dos que apenas sabe andar. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros mañana, cuando no haya lumbre que poner en el fogón, ni puchero que poner á la lumbre...

Y continuaron su camino lamentándose el viejo, oyéndole su acompañante con ceñuda atención.

Espectáculo triste el del pobre anciano, que murmuraba sus angustias en el crepúsculo sereno y se disponía á llorar los horrores de un mañana preñados de amarguras y hambre, cuando la Naturaleza se preparaba á dormir en el silencio de la noche, sueño dulcísimo, acariciado por las promesas de una Aurora llena de oxígeno y de luz.

¿Y era la Naturaleza, la eterna engendradora de bienes, la nodriza inmortal, la madre tierna de los seres y de las cosas, quien, haciendo con los hombres excepción de bondades, se convertía en madrastra para dejar á uno de ellos, á muchos de ellos, sin pan, sin

abrigo, sin esperanzas de bienestar, mientras seres y cosas, inferiores al hombre, tenían ciertos alimento, descanso y amor?...

No; no era la Naturaleza; eran los hombres, quienes contrariando leyes sabias de aquélla, producían la miseria y el abandono de otros hombres, hermanos suyos.

Eran hombres que, cegados por el egoísmo, por la ambición y por la codicia, estafaban á la Naturaleza, acaparando para uno solo inmensos terrenos que podían sustentar á muchos, corrientes de agua que la Naturaleza hizo brotar del fondo pródigo de la tierra con objeto que todos templasen en ella su sed; la injusticia social era quien, mientras árboles y plantas y animales se disponían á dormir seguros del mañana, condenaba á un pobre viejo á morir de miseria, á miles de hombres á agonizar de sed de justicia, hasta que la justicia viniese á iluminar al mundo como una Aurora color de sangre.

1902-1904

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



1902-1904

Tras una ausencia de año y pico, vuelvo á visitar el poético monasterio. Merezco la ventura de ser huésped suyo por el corto espacio de veinte horas, y—galanterías del azar—me toca dormir, ó no dormir, en la propia celda que ocupé durante mi última excursión.

¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!—Soy yo quien ríe.

Acabo de leer sobre uno de los lienzos encuadradores de la galería que enfrenta con el valle, las siguientes iniciales, palabras y fecha:

«L. C. Amor eterno. Mayo, 1902.»

¡Amor eterno!... Conozco á la gentilísima

pareja autora de esas palabras y esas cifras. Los traté en Piedra. Eran dos locos muy simpáticos. Acaso garabatearon aquellas líneas de buena fe, sinceramente, creyendo escribir la verdad.

¡Já! ¡já! ¡já!... La noche antes de emprender este viaje, tropecé con él y con ella; sólo que *él* iba con otra *ella* y *ella* con otro *él*. Tal vez se fueran jurando amor eterno... hasta el año próximo.

¿En qué pared, en qué tronco, en qué roca grabarán las nuevas parejas su nuevo juramento? ¿A quién le tocará reirse á carcajadas de la inscripción?... ¡Vaya usted á averiguarlo!...

La mesa donde llené cientos de cuartillas, mil veces tachadas y rehechas, ocupa el mismo sitio de antes; el tintero es igual; igual el frailuno sillón que me sirve de asiento. La cama debe ser la misma. ¡Cuántos inquilinos habrán pasado por ella desde que dejé de usufruirla! También esta idea, mezclándose á las sugeridas por la inscripción, me produce enormes ganas de reir.

¡Calla!... En otro lienzo de pared veo escritos con lápiz, veinte ó treinta renglones. Son de letra mía. ¿Versos?... ¡Ah!... Ya hago memoria. ¡Con cuántas ilusiones los compuse hace quince meses, utilizando para cuartilla la lustrosa capa de yeso!

Fué minutos antes del crepúsculo.

El valle, teñido por una luz violeta, envuelto en tenues vapores morados, se vestía poco á poco el traje de dormir. Tras el pico de una montaña comenzaba á ponerse el sol, despidiendo fulgores áureos; en las opuestas cresterías daba cabeceos la luna; los pájaros se enviaban las buenas noches con el musicar de sus picos; los árboles, con el suspiro de sus brotes; las cascadas con el bramido de sus ondas. Yo escribía, escribía en la pared aquélla que el sol poniente amarilleaba con reflejos de pergamino. Por fin solté el lápiz. Lleno de orgullo leí los versos en voz alta. ¡Qué estúpidos me parecen hoy!... ¡Vaya! ¡vaya! El cortaplumas les sea leve. ¡Ojalá fuese tan fácil raspar la memoria como raspar una pared!

Mis compañeros de excursión vienen á buscarme. Dirijo una mirada á los objetos que me rodean y emprendo, luego de atravesar el claustro y bajar la monumental escalera y atravesar el portón gótico, el hermosísimo camino del valle.

Hollamos sendas alfombradas con musgos cubiertos de flores amarillas, encarnadas y azules; nos perdimos bajo las bóvedas que forman los árboles al cruzar de sus ramas, encaje verdozo que filtra mimosamente el sol:

trepamos los escalones contruídos sobre la sierra para facilitar el goce de sus cumbres, y, al término de la ascensión, en una meseta circundada de arbustos, apareció el Piedra desmechonándose como una cabellera loca.

Seguimos su corriente, la caprichosa é indócil corriente que traza al bajar hacia el valle el que con justicia puede llamarse «Río de los muertos», porque á cada paso evoca el recuerdo de un gran poeta, de un filósofo insigne, de un pintor ilustre, de un orador extraordinario, de un dramaturgo excepcional que, cuando vivos, bordearon las orillas del Piedra, escogiendo en sus márgenes sitio adecuado á la moral estructura de sus personas.

Allí está la fuente siempre cristalina, cuyo chorro cae recto y firme contra una piedra, que con su persistencia horada; era el sitio favorito de Pi Margall. Más lejos, la ancha plazoleta llena de flores, endoselada de árboles que muestran por entre sus hojas giros de cielo, y repujada de peñotes negros que salpican las aguas blancas: en ella escribía Campoamor sus poemas; más lejos aún, la silla de Hães, el estudio del gran paisajista, puesto entre dos cascadas, una que cae á plomo sobre un cerco de rocas remedadoras de antros infernales, y otra que se deshace en

hebras purísimas sobre una taza hecha con petrificaciones de musgo.

Y sigue el río su camino y seguimos nosotros tras él, y sigue con él el desfile de los grandes muertos.

Al pie de un torrente que se precipita soberbio por entre rocas color de sangre, las cuales, mal seguras sobre sus cimientos, amenazan caer, aplastando en su caída árboles y personas, está el asiento de Cánovas, del hombre que aplastó con su política funesta nuestro poderío colonial; en la parte baja de la sierra, la airosa torrecilla gótica y el poético lago, vivienda inmortal de una ondina, donde Zorrilla descansaba soñando leyendas; próximo á ellos, el húmedo rincón erizado de juncos, sombreados por robustos nogales y alegrado por el rumor de una fuentecilla, frente al cual abocetaba sus cuadros Plasencia; á un centenar de pasos la enorme cortadura, la ventana abierta sobre el valle entero que sirviera de mirador á Tamayo y Ayala cuando imaginaban sus inmortales obras.

Por fin, río abajo, siempre río abajo, llegamos al punto más hermoso de Piedra, á aquel donde las aguas, acrecidas en su velocidad, se amontonan y se detienen un instante, para despeñarse después formando imponente cascada.

Esta cascada, que se precipita de cincuenta metros de altitud, cubre una gruta á cuyo pórtico remeda la roca monstruos apocalípticos, angelotes desdibujados, aves enormes, torsos gigantescos, formidables mandíbulas entreabiertas, contornos titánicos de mujeres y de hombres. En ella ruge el agua como una fiera y cantan los pájaros como querubines y se deshace en nieblas arcoiris la espuma; las flores se multiplican auxiliadas por las frescuras de la perpetua sombra, y los bandos de palomas aletean, y el cielo tiene más transparencia en su azul, y el sol refleja como un joyel de oro sobre el arranque cristalino del salto. Es el sitio de Castelar: La gruta.

Al interior de la gruta vamos empujando la minúscula puertecilla que á ella conduce.

Mejor que andar, deslízase uno entre aquella angostura, recibiendo sobre su cabeza el agua filtrada por la roca en lluvia menudísima y resbalando sus pies contra una superficie gredosa.

A los veinte pasos el boquete se ensancha; rayos de luz penetran por una reja de la bóveda; una desigual escalera, amparada con barandillas rústicas, surge frente á los ojos; y el expedicionario comienza á descender por ella describiendo semicírculos, alumbrados á veces por golpes de luz que vienen de fue-

ra, á veces por resplandores violáceos que brotan de dentro; las rasgaduras de la roca que sirven de respiraderos al sol, ofrecen visiones sorprendentes y rápidas; tan pronto es la visión una franja azul de la cual cae un rocío color lirio, como una franja verde que vomita crespones rosáceos; en ocasiones, algo así como un relámpago salido de una nube de piedra, alumbra bocetos de arquitecturas griegas hechos con estalactitas y estalagmitas; cuando el relámpago pasa y las tinieblas vuelven á dominarlo todo, esmaltándose con cien puntitos de luz, remedan estrellas errantes. Entonces se camina á tientas entre un coro de salvajes rugidos propios á gargantas de fieras que bostezan su hambre y afilan sus uñas.

¿Dónde conduce aquel camino, aquel hundimiento espirálico en las entrañas de la tierra?

El juicio se oscurece, la mente se turba; el hombre llega á creerse un condenado, que por mandato de divinidades católicas ú olímpicas baja á las cavernas de Plutón ó al infierno de Lucifer.

Y más se afirma en su creencia cuando topa con ancho ventanal que descubre un circo de rocas negras como carbones apagados ó rojas como cuajarones de sangre, en su

centro hierven las aguas como si estuviesen plena ebullición, se ciernen mónstruos petrificados, aves de alas abiertas, garras amenazadoras y carnívoro pico, y caen torrentes espumosos que los reflejos del sol transforman en diluvio de fuego.

Aquella es la gruta, á la que se llega por una rampa que brilla como un plano de acero y resbala como un tapíz de fango.

La gruta; infierno en miniatura que con el color trágico de sus rocas, el moribundo tono verde de sus lagos inmóviles, el horrendo aspecto de los mónstruos que la piedra finge, el hervir revuelto de las aguas, el diluviar ígneo del torrente, el brotar descoyuntado y trágico de la negra vegetación, el pavor de los ecos que vienen y van remedando gritos de angustia de una pared á otra, el constante gotear del agua, el eterno rugir de la espuma y el siniestro brillo de la luz, parecería infierno real, purgatorio de tremendos pecados, palacio de la muerte que sólo muertes puede producir, si las palomas anidadas en él, alegrándolo con su vuelo y entrando y saliendo por los huecos del cortinaje que tiende la cascada sobre la inmensa cortadura, no proclamaran el triunfo del amor y la perpetuación de la vida...

Acabó el paseo. Las últimas luces del cre-

púsculo se extienden sobre claustros y celdas... Pero la melancólica semisombra dura poco. Focos eléctricos aparecen por todas partes; grupos bulliciosos llenan los claustros; de las cocinas brotan olores de festín; en la sala capitular suenan los acordes de un piano; el antiguo refectorio, austero comedor de frailes, es comedor de fonda; el claustro, pasillo donde los glotones se atropellan; las celdas, habitaciones para familias de ambos sexos...

No; no es el de ahora el poético monasterio que visité por Abril hizo un año. Entonces únicamente lo vivían dos ó tres parejas solitarias y amantes que se esquivaban al divisarse en los claustros desiertos... Entonces el valle era Paraíso recién violado; las celdas eran nidos de amor...